

Domingo, 18 de mayo de 2008

TRIBUNA ABIERTA



IGOR BARRENECHEA MARAÑÓN *

La memoria y la historia, a reflexión

No es raro que los historiadores, en mensajes apasionados, nos lancemos, a nuestra manera, en la plaza pública, para alertar de los peligros que entraña la gestión de la memoria por parte de los políticos. Ningún ánimo se ha revelado más crispado que el balance que se vuelve a realizar sobre la Guerra Civil española, recae en el mismo error exacerbado de hacer de aquella un campo de batalla dialéctico frente al adversario. Coincido con otras visiones de que lo ideal es buscar el modo en el que se ponga de relieve la injusticia de la guerra, su brutalidad, a secas, como una lectura ética de lo que deriva cuando una sociedad se rompe por la mitad. Y aunque, desde la Historia, sabemos bien quién tuvo la responsabilidad y que esa responsabilidad fue ejercida por quienes la ganaron imponiendo una dictadura, debemos de ir más lejos y activar esos mecanismos de aprendizaje social que nos indican que leer el pasado no es caer en un juicio moral sobre quiénes fueron los buenos y quiénes los malos.

A fin de cuentas, la responsabilidad de que aquello diese lugar recae en la misma clase política que hoy vive enzarzada en propugnar o impugnar la ley. Sin embargo, aunque los historiadores hemos pretendido dar luz y claridad a este confuso debate, nada hay como el proceder a querer conciliar la memoria para ignorar los aportes dados para destacar y enfatizar, con todo, la creencia de que existe una especie de revancha política. Se ha llegado a afirmar, injusta y frívolamente, que, ya puestos, hay quienes pretenden alterar el resultado final de la guerra, lo que es igual, que en vez de haber ganado el Franquismo, lo hizo la República.

Ahora bien, lo que se quiere alcanzar es cambiar esta visión unidireccional ya que, en verdad, la guerra la perdimos todos los españoles. No obstante, por muy brillante diagnóstico que hagamos del pasado, de la historia, los historiadores nos vemos incapaces de mediar entre nuestro saber y la sociedad a la que mostramos ese ayer. Si somos realistas debemos de entender fríamente que el estudio de la Guerra Civil, aún hoy, no puede quedar limitado sólo al trabajo de los libros. Debemos de observar cómo se han ido impulsando asociaciones con el fin de desenterrar a los muertos de la represión y darles un entierro justo, para alivio de sus familiares.

Tampoco hay que ignorar los paquetes de ayudas que recibirán aquellos que sufrieron torturas y cárcel, sin olvidar la cantidad de proyectos que pretenden licuar toda representación franquista retroactivamente. Cierto es que

el problema reside en que aún hoy no sabemos cómo hablar de la guerra sin despertar recelos ni prejuicios. Aquí es donde interviene la memoria. Los historiadores podemos desde la enseñanza, inculcar a nuestros alumnos y alumnas valores éticos loables para entender los acontecimientos del pasado sin acritud y con el marcado acervo en la crueldad de los hechos. Para ellos es más natural hablar de buenos y malos, porque no han vivido la contienda. Pero, ¿qué sucede con aquellas familias que tienen una memoria de los sucesos debido al exilio o a la represión? ¿o de aquellos que, mili-

“Al hacer un balance de la guerra se advierte que es negativo para el lado perdedor; no tienen monumentos, ni lugares de memoria salvo los que se indican en el subsuelo, no hay más que registros (o los había) de calles y avenidas que hacían referencia al régimen vencedor, y nada que pudiera albergar la idea de que la II República fue un capítulo de nuestro ayer”

tantes del bando nacional o familiares suyos, han absorbido la memoria viva del franquismo?

Hay que tender un puente sobre los restos del naufragio. De este modo, la Ley de la Memoria Histórica pretendía serlo. Ahora bien, ¿cómo se puede articular una Ley de estas características atendiendo al justo valor del saber histórico?

¿Quién gestiona la memoria y por qué valores quedará determinada? ¿En qué medida es más importante la memoria que la Historia? ¿Podemos los historiadores sentirnos como los únicos guardianes y gestores de la memoria de una sociedad? Pero, ¿qué sucede cuando la Historia adquiere un protagonismo social donde los historiadores, a pesar de todo, tenemos tan poca capacidad de control e influencia sobre ella?

Al hacer un balance de la guerra se advierte que es negativo para el lado perdedor; no tienen monumentos, ni lugares de memoria salvo los que se indican en el subsuelo, no hay más que registros (o los había) de calles y avenidas que hacían referencia al régimen vencedor, y nada que pudiera albergar la idea de que la II República fue un capítulo de nuestro ayer.

¿Cómo reequilibrar las señales monumentales evidentes de una confrontación manida y despiadada? La Ley es la que pretende cambiar esta injusticia, así que la derecha española lo asume como un revanchismo pues, al apelar a la memoria conciliatoria de la Transición, considera que los españoles ya habían consensuado su perdón por aquellas fechas. No obstante, debemos de ser conscientes y admitir que los cambios sociales son lentos y paulatinos, sobre todo en otra esfera, no sólo mental, sino concreta, en las reivindicaciones de aquellos colectivos damnificados.

La apelación a la Transición no les es suficiente. Pero esto no es neutro, todo tiene un cariz puramente político. El dato positivo es que se ha polemizado y se ha abierto una senda para saber en qué medida contribuye la memoria a crear conciencia social. En el lado más negativo es que eso no ha derivado en un debate sereno, al contrario, ha posibilitado un escarnio entre la derecha y la izquierda, lo que implica que la Ley se ha revelado como un elemento de reapertura de viejas heridas y temores.

A mi juicio, la Ley debería de haber sido eticuetada de otra manera; sin embargo, considero que la Historia no es capaz de cerrar por sí sola las heridas del pasado. Pero si se ha llegado a ese punto en el que hay que legislar sobre la memoria, eso debe de entenderse desde la Historia no como una aberración sino como un punto de autocritica y análisis más veraz de hasta dónde somos capaces de ayudar los historiadores a cambiar una sociedad.

Tampoco somos neutros pero sí profesionales de nuestro oficio; los recientes y voluminosos estudios sobre la represión o la contienda no constituyen el poso de la memoria, así que debemos de considerar seriamente que sólo somos catalizadores de los afanes políticos. La gran duda queda en el aire sin contestar:

¿Cómo redefinir desde la Historia el pasado sin despertar recelos ni reabrir heridas, y ensanchar el espíritu democrático que aspiramos consolidar?

Desde la Educación, sin ninguna duda, desde la reflexión histórica.

* Historiador